

do (1). Y si no debe de tener lugar el juicio, se observarían gratuitamente los mandamientos de Dios; no hay por qué contenernos; comamos y bebamos, pues mañana moriremos. Todas esas cosas se encadenan para quien niega que Jesús haya nacido de María. Si al contrario, confiesas este nacimiento de María, la pasión le sigue necesariamente; y la resurrección á la pasión; y el juicio á la resurrección; y quedan en salvo todos los preceptos de la Escritura. No es pues esta una cuestión vana; al contrario, comprende muchas cosas en una palabra. DE LA MISMA MANERA PUES QUE SE CONTIENEN TODA LA LEY Y LOS PROFETAS EN EL DOBLE PRECEPTO, ASÍ TODA NUESTRA ESPERANZA ESTÁ FIJA EN EL PARTO DE LA BIENAVENTURADA MARÍA (2).»

¿Es este un testimonio de la doctrina que hace descansar en María toda la fé del género humano, y que nos la manifiesta esterminando todas las heregías? Testimonio antiguo por

(1) Esta proposición se deduce del Evangelio, que no habla del juicio general, en vista del cual tiene lugar el juicio particular, puesto que la individualidad humana reclama la integridad del ser humano, y por consiguiente la resurrección del cuerpo, sin el cual el hombre no existe.

(2) Sed et amplius adhuc omnibus ostendere cupio, ut agnoscant universi, assertio tua quantum impietatis obtineat. Si enim, secundum tu dicis, non est natus, sine dubio nec passus est; pati enim qui natus non est impossibile est. Quod si non est passus, Crucis nomen aufertur. Cruce autem non suscepta, nec Jesus ex mortuis resurrexit. Quod si Jesus ex mortuis non resurrexit, nec aliquis alius resurget. Quod si nullus resurget, nec iudicium erit. Certum est enim quia si non resurgam, nec iudicet. Quod si non iudicium erit, frustra erit observatio mandatorum Dei: nullus abstinentiæ locus est; manducemus et bibamus, cras enim moriemur. Hæc autem omnia connectis negans quod de Maria natus est; si enim confessus fueris eum de Maria natum, et passio subsequatur necesse est, et passionem resurrectio, et resurrectionem iudicium; et salva nobis erunt Scripturæ precepta. Non ergo jam vana est quæstio, sed plurima in hoc verbo: SICUT ENIM OMNIS LEX ET PROFHETÆ IN DUODUS SERMONIBUS CONSTANT, ITA ETIAM NOSTRA OMNIS SPES IN BEATÆ MARIE PARTU SUSPENSÆ EST.

cierto, puesto que es anterior cerca de doscientos años al Concilio de Efeso, y cuya fuerza se reparte por toda la cadena de los demás testimonios, á los cuales viene á aligarse (1).

IX. En el mismo tiempo, y aun mas antiguamente, pues era en el año 240, se reproducía en la Iglesia un testimonio todavía mas vivo de la vida y de la acción de María.

Una de las figuras mas grandes de la Iglesia y de las mas extraordinarias que hayan parecido en esta sucesión de hombres divinos que son sus Padres, es ciertamente San Gregorio de Neocesárea, á quien los griegos dieron el sobrenombre de Grande, y que es conocido bajo el nombre de *Thaumaturgo*, á causa de los prodigios que obraba, y que hicieron que apareciese con la poderosa magestad de otro *Moisés*, como se le llama aun. Nacido en el Paganismo con el nombre de Theodoro, de una noble familia antigua, en la provincia del Ponto, jóven aun se entregó al estudio con su hermano Athenodoro, en la escuela de Orígenes, que le hizo estudiar sucesivamente la lógica, la física, las matemáticas, la geometría, la astronomía, la filosofía moral, y finalmente, la teología. Convertido á la fé, por convicción, fué nombrado obispo de Neocesárea, provincia antiguamente pagana, y á la que convirtió al Cristianismo á fuerza de milagros, cuya fama se divulgó en el Norte y en todo el Oriente. Entre las producciones que nos ha dejado, algunas de las cuales, como el *Panegrico de Orígenes*, son obras maestras de literatura, se encuentra un escrito muy corto, puesto que solo tiene veinte líneas, pero cuyo origen y objeto son muy grandes.

He ahí lo que de él refieren San Gregorio de Niza y San Basilio, que lo supieron por su abuela, á quien San Gre-

(1) Para acabar la historia de Manés, se escondió á su tremendo adversario, y fué á caer en las manos de aquel rey de Persia, cuyo empirismo se acusaba de haber hecho morir al hijo, y que lo hizo desollar vivo. Su piel, rellena de paja, fué espuesta en las puertas de la ciudad, donde se la veía aun en tiempo de San Epifanio y de San Gregorio.

gorio de Neocesárea contó el hecho: lo trascribimos de San Gregorio de Niza.

Consagrado obispo San Gregorio, y próximo á ir á tomar posesion de su obispado, habia ido á prepararse en el retiro para la esposicion que debia hacer á su pueblo de los misterios de la fé. El misterio de la Trinidad lo tenia en grande perplejidad, habiendo recibido de su maestro Origenes, á quien él veneraba mucho, una doctrina que no era conforme con el comun sentir de los católicos. Indeciso por la divergencia de doctrina, se esforzaba en vano en conciliarla, y no sabia qué opinion abrazar, cuando una noche se le aparece claramente un personaje que tenia el aspecto de un anciano respetable, de belleza sagrada y casi divina, respirando en todo su sér, y difundiendo en torno suyo la gracia y la santidad. Atemorizado por la vision, Gregorio se incorpora en su lecho, y pregunta á aquel personaje quién es y cuál el objeto de su venida. Habiéndole este sosegado con voz dulce, diciéndole que era enviado de órden de Dios para sacarlo de las dudas en que se encontraba tocante á la doctrina verdadera, Gregorio recobraba sus sentidos y empezaba á considerar al misterioso anciano con una alegría mezclada de asombro, cuando este estendió la mano, como para manifestarle en la direccion de este ademán una cosa que habia en la parte opuesta á sus miradas. Siguiendo Gregorio aquella indicacion, se vuelve, y vé otra aparicion que tenia el aspecto de una mujer superior á la condicion humana por la escelencia y magestad de su carácter. Sobrecogido de un nuevo terror á vista de esto, volvió los ojos, no sabiendo de nuevo qué creer de aquella vision, cuyo esplendor no podia sufrir (porque lo que la hacia mas prodigiosa, es que en plena noche difundia una brillantéz igual á la de una hacha encendida), cuando oyó á estas dos personas conferenciar entre sí sobre la doctrina que era el objeto de sus perplejidades, y dársele á conocer, instruyéndole en esta doctrina. En efecto, oyó á aquella que se le aparecia bajo el aspecto de una mujer, invitar al Evangelista Juan á que descubriese y espusiera á este jóven el misterio de la verdadera piedad, y contestar Juan que estaba pronto á complacer en esto á la Madre del Señor. Despues, efectuada la esposicion de la doctrina de la manera

mas fija y categórica, los dos personajes desaparecieron.

Tal es la relacion de San Gregorio de Niza. Añade que Gregorio escribió inmediatamente aquella celestial declaracion de fé, la cual hizo despues testo de su enseñanza á su Iglesia de Neocesárea, y que el original quedó en aquella Iglesia, donde se veia aun, como un patrimonio y legado divino, con el cual la fé de aquel pueblo se mantuvo libre de toda heregía.

Baronio, refiriendo este acontecimiento, añade á su vez, tocante al objeto de este escrito, que esta regla de fé concedida de una manera divina á Gregorio, ha sido conocida en toda la Iglesia, tanto de Oriente como de Occidente, y ha sido conservada religiosamente como un depósito sagrado venido del mismo cielo, y que á los trescientos años despues, en el quinto Concilio ecuménico de Constantinopla, fué leida como un oráculo de la fé verdadera (1).

(1) He ahí esta esposicion de fé, cuyo objeto son principalmente las dificultades que preocupaban á San Gregorio, y cuya luminosa precision respira una grandeza divina y como un *dictado* del cielo:

<p>Unus Deus, Pater Verbi viventis, sapientiæ subsistentis, et potentia ac characteris sempiterni: perfectus perfecti genitor, Pater Filii unigeniti.—Unus Dominus, solus ex solo, Deus ex Deo. Character et imago Deitatis, Verbum efficax. Sapientia, constitutionis rerum universarum comprehensiva, et virtus atque potentia universæ creaturæ effectiva. Filius verus, veri Patris, invisibilis, ejus qui est invisibilis; et incorruptibilis, corruptioni non obnoxii; ac immortalis, mortis prorsus nescii; et sempiternus, sempiterni.—Unusque Spiritus Sanctus, ex Deo existentiam habens, et qui</p>	<p>Un Dios Padre del Verbo vivo, de la sabiduría subsistente, y del poder y carácter sempiterno: perfecto autor del Perfecto, Padre del Hijo unigénito.—Un Señor, solo del solo, Dios de Dios. Carácter é imagen de la Divinidad, Verbo eficaz. Sabiduría comprensiva de la constitucion de todas las cosas, y virtud y poder efectivo de toda criatura. Hijo verdadero, de verdadero Padre, invisible del invisible; é incorruptible del que no está espuesto á la corrupcion; é inmortal del que no puede morir; y sempiterno del sempiterno.—Y un Espiritu Santo, tomando su existencia de Dios, y</p>
--	---

Seguramente, de cualquiera manera que se mire este acontecimiento, no es posible dejar de reconocer en él un gran testimonio de la vida doctrinal de María en la Iglesia, y del culto que á ella se tributaba en el siglo tercero. Este hecho es creible, verosímil y moralmente cierto.—Creible, porque para no creer en las apariciones, seria menester no creer en el Evangelio y los Apóstoles, que refieren apariciones tales como las de los Angeles, las de Moisés y Elias, las de Nuestro Señor á sus discípulos despues de su Resurreccion, y á San Esteban y á San Pablo despues de su Ascension.—Verosímil, porque no hay nada en esta aparicion que no sea conveniente y conforme á la razon cristiana. La de la Virgen y de San Juan es muy natural, habiendo sido este discípulo instruido muy particularmente en los misterios del Verbo por Aquella en quien estos misterios se habian cumplido; y todavía no es la Virgen misma la que instruye directamente á San

per Filium apparuit, scilicet hominibus: imago Filii, perfecti perfecta; vita, viventium causa; fons sanctus, sanctitas, sanctificationis suppetitor; in quo manifestatur Deus Pater, qui super omnia est, et in omnibus; et Deus Filius, qui per omnia est.—Trinitas perfecta, quæ gloria et æternitate, ac regno atque imperio non dividitur, neque abalienatur. Non igitur creatum quid, aut servum in Trinitate: neque super inductitium aliquid et adventitium, quasi prius non existens, posterius vero adveniens. Non ergo defuit unquam Filius Patri, neque Filio Spiritus; sed immutabilis, et invariabilis eadem semper manet Trinitas.

que por el Hijo apareció, esto es, á los hombres; imagen del Hijo, perfecta del perfecto; vida, causa de los vivientes; fuente santa, santidad, dador de la santificación; en el cual es manifestado el Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y en todas las cosas; y el Dios Hijo, que está por todas las cosas.—Trinidad perfecta, que en gloria y en eternidad, en reino y en imperio ni se divide, ni se separa. Nada pues, criado, nada dependiente en la Trinidad: ni sobreañadido y adventicio, como si no existiese antes, y hubiese sido añadido posteriormente. Nunca, pues, faltó el Hijo al Padre, ni al Hijo el Espíritu: sino que inmutable é invariable, permanece siempre la misma; la Trinidad.

Gregorio, sino quien lo hace instruir por San Juan con la conveniencia de su sexo y la doble autoridad de su carácter de *Reina de los Apóstoles* y de *Madre del Discípulo amado*. Por lo demás, nada singular ni novelesco en esta aparicion, ella tiene verdaderamente el carácter apostólico: la sencillez y la grandeza.—Finalmente, es moralmente cierta, porque la profunda y universal impresion que ha hecho en la Iglesia, el culto particular con que se ha perpetuado su memoria en Neocesárea, el testimonio tan puro de San Gregorio de Niza y de San Basilio, garantizando la verdad de esta relacion con la autorizada boca de San Gregorio de Neocesárea; y finalmente, el carácter tan santo y tan venerable de aquel grande hombre, todo concurre á que sea admitida.

Pero dado que no se creyera esta aparicion, á pesar de razones tan convincentes, la creencia universal de que ha sido objeto en el tercer siglo, atestiguaría por lo menos la alta idea que se tenia en aquellos primeros tiempos de la Santísima Virgen, de su Soberanía apostólica, de su accion espiritual en la Iglesia, de su ministerio continuo de Madre y de Mediadora de la verdad. Por otra parte, esto no es mas que la realización visible del carácter atribuido á la Virgen María por la doctrina apostólica. Esta aparicion sale de toda la doctrina anterior, y vuelve á ella como una consecuencia y un efecto. Es la misma Virgen dando fé de sí misma, como la daban los Doctores y los oráculos de la fé desde San Juan.

X. Otro testimonio del mismo poder, de la misma mediación de María, no ya en el orden de la Doctrina, sino en el orden de las costumbres,—y del uso recibido en el siglo tercero de invocarla, se refiere por San Gregorio de Nacianzo en su panegirico de San Cipriano de Antioquia. Su historia es patética.

Cipriano, dice, extraño aun á la fé de Cristo, y dado á las prácticas de la mágia, ardió en amor por una doncella cristiana llamada Justina. En el delirio y obcecacion de su ardor, no temió (como el Fausto de nuestro siglo) invocar al demonio para vencer el pudor de la vírgen que era el objeto de su sollicitacion. Esta, si bien abominando este amor ver-

gonzoso (pues se habia consagrado enteramente á Cristo para ser su esposa), no pudo menos de experimentar los ataques de Satanás y las saetas encendidas de su pasion. En esta tormenta recurrió, como debia, á Dios, tutor y guardador de su inocencia. Mas ella invocó al mismo tiempo á la Virgen María, para que tendiese una mano protectora á su virginidad vacilante: *Et Mariam Virginem rogans ut periclitanti virgini opem ferret*; acompañando esta invocacion con ayunos y penitencias, que son como las armas de la continencia. Esta invocacion de María no fué en vano. Dios, hecho propicio por Ella, no solamente libertó á la virgen que le rogaba, sino que sanó al mismo Cipriano de su loca pasion, é hizo de él su discípulo y su Apóstol.

Este ejemplo de la invocacion de María y esta esperiencia de su proteccion son comunes y diarias en la vida cristiana. *¿Quién ha oido decir nunca*, como decimos con San Bernardo, *que ninguno de aquellos que se han puesto bajo su proteccion y reclamado su auxilio haya sido abandonado*? Sin embargo, se ha querido sostener que este culto de invocacion de María era desconocido en los primeros siglos. Los Evangelios Apócrifos, las pinturas de las Catacumbas, las antiguas liturgias han demostrado ya lo contrario. Tenemos además aqui un testimonio histórico formal. *¿Qué respuesta se le puede dar?* Melanchton se ha valido de esta evasiva, que *los errores de la piedad no pueden ser opuestos á la palabra de Dios, y que en todas las edades, las almas, aun las santas, han tenido sus debilidades* (1). Y M. Bordas-Dumoulin no encuentra tampoco que oponer sino esto: «Se cita á Justina, que de pronto pide á Dios, y en seguida á la Virgen, que la socorran. Sin embargo, Santa Pelagia, á quien San Crisóstomo representa en un peligro inminente de perder la virtud, no se dirige á María. Una jóven, cuya historia refiere San Ambrosio, hallándose en peligro igual, invoca á Dios, y nada dice de María» (2). He

(1) Philip. MELANCHTHON, *lib. de Eccles.*

(2) *Marianismo, sustituido al Cristianismo*, cap. VIII, pág. 81 del libro titulado *Los Poderes constitutivos de la Iglesia*, por Bordas-Dumoulin.

aquí las ocasiones, sin embargo, en que se la deberia haber implorado, si hubiera estado en uso recurrir á ella.

Mas desde luego, ¿quién ha dicho á M. Bordas-Dumoulin que Santa Pelagia y la jóven de quien habla San Ambrosio no invocaron á la Virgen? De que San Crisóstomo y San Ambrosio no lo hayan referido, ó no lo hayan sabido, ¿se sigue de ahí que no haya sucedido? Y aun cuando estas dos piadosas vírgenes no hayan recurrido á María, ¿destruye esto el hecho de la invocacion de Justina referido por San Gregorio de Nacianzo? Nótese bien una cosa, y es, que en la época de los dos ejemplos negativos que opone M. Bordas-Dumoulin, el culto de María se hallaba estendido en la Iglesia, y que San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, panegiristas de estas dos vírgenes, «hacian sus delicias de la devocion á María,» como lo dice el mismo M. Dumoulin (1). De donde se deduce, que lo que haria falta en el testimonio de estas dos vírgenes seria sobradamente compensado por el testimonio mucho mas brillante de sus historiadores. Si una virgen cristiana de nuestros dias omitiese invocar á María, ¿probaria esto que no se invoca á María en nuestros tiempos? Pues bien, se puede decir que lo mismo sucedia en tiempo de San Crisóstomo y San Ambrosio, pues que en nuestros tiempos la devocion á María se inflama en la de estos dos grandes Santos.—En cuanto á la evasiva de Melanchton, sobre que, *en todas las edades, las almas, aun piadosas, han tenido sus debilidades, de las que no se puede sacar argumento contra la palabra de Dios*, es fácil responder que la Palabra de Dios, el Evangelio, se declara precisamente contra los que desprecian el culto de María, y que la debilidad de Santa Justina ha sido la de Simeon, de Isabel, del Angel Gabriel, del Espíritu Santo, del mismo Dios; ya lo hemos visto. En segundo lugar, no está aquí la cuestion, sino en el hecho de saber si la invocacion de María, la creencia en su asistencia estuvo en práctica en los tres primeros siglos; y bajo este aspecto, el ejemplo de Santa Justina, ó si se quiere su debilidad, es, ya lo hemos visto tambien, la de todos los grandes oráculos de aquella edad,

(1) V. el mismo pasaje.

empezando por lo menos por San Ireneo, que llama á María la *Abogada* de Eva y la *Causa* de nuestra salvacion; sabianla hasta San Juan y los Apóstoles, quienes, conforme atestigua San Agustin, han enseñado á la Iglesia «la saludable creencia en la proteccion de María contra los venenos de la serpiente.»
 ACCEPITIS ET SYBOLUM PROTECTIONEM PARTURIENTIS CONTRA VENA-
 NA SERPENTIS.

Esta creencia antigua es la que Santa Justina puso en práctica, y de la que experimentaron los maravillosos efectos ella y San Cipriano de Antioquía. Pues para dar fin á la patética historia de ambos, libertados el uno y el otro de una pasion criminal que los hubiera dividido en lo malo, fueron unidos en el bien, hasta mezclar su sangre por el martirio que sufrieron juntos por Cristo, y para gloria de su Santísima Madre, que venció en ellos á la serpiente.

XI. No es que todavía en aquella época de sangrienta lucha la devocion á María se hubiese desplegado como lo ha sido despues. Nó, y de aquí deduciremos bien pronto las razones que todo el mundo puede ya presentir. Frente al Paganismo, el Cristianismo todo se concertaba, por decirlo así, en la sola confesion de Jesucristo. *Yo soy cristiano*: he aquí todo el Símbolo de los Mártires. Mas lo que nos atrevemos á decir, y el ejemplo de Santa Justina, lo mismo que las Catacumbas nos autorizan ya para ello, es que en el interior del corazon, y si me atrevo á decirlo, en las catacumbas del alma, así como en la del suelo, la dulce figura de María, la invocacion de su proteccion debia tener un culto estrechamente ligado al de Jesucristo.

Esta verdad resalta de un escrito importante: es la carta de San Cipriano, obispo de Cartago, sobre el martirio de San Mappalico, en 250, carta en que se encuentra espuesto lo que podria llamarse la doctrina del martirio, que este grande obispo debia tan generosamente practicar. Bastará una breve cita:

«Cipriano á los mártires y á los confesores de Jesucristo. Salud en Dios Padre.

»La fé es un combate, cuyos héroes son los mártires y

Cristo la Cabeza gloriosa. El ha vencido una vez por nosotros, y ahora es siempre El quien triunfa con nosotros. El mismo lo dice: Cuando seais prendidos por la justicia, no os inquieteis sobre lo que tendreis que responder; porque no sereis vosotros quienes hablareis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros. Es lo que hemos visto hace poco; es la misma voz del Espíritu Santo que ha hablado por boca de un mártir cuando en medio de los tormentos ha dicho al Procónsul: «Mañana verás un combate.» Ha tenido lugar ese combate celestial, y el siervo de Dios ha salido vencedor. De este combate es ciertamente del que hablaba el profeta Isaiás, cuando decia: Un combate violento se traba entre los hombres; pues Dios mismo toma parte en él; y para esplicarse mejor añade: «Ved ahí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, á quien se dará por nombre Emmanuel. Este es el combate de nuestra fé.»

Aquí está, en efecto, el combate cristiano, sea cual fuere la forma en que se reproduzca, combate contra las heregias, combate contra la fuerza en lo exterior, combate contra las pasiones en lo interior, porque es siempre el mismo enemigo el que tenemos delante: el Infierno. Este combate,—se dice en el panegirico general de los Mártires, compuesto al final de la era de las Persecuciones por el diácono y archivero de Constantinopla, Constantino,—remonta al Paraiso terrenal; es el *Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen illius*; es el combate que vió San Juan entre la *Mujer* cuyo Hijo habia sido elevado al cielo, y la serpiente, que se fué á hacer la guerra á sus demás hijos; es todavía, como decia Tertuliano, este combate, estas contradicciones que el anciano Simeon profetizó acerca del divino Hijo, y cuya señal es la concepcion y parto de la Virgen; es, finalmente, este combate, cuya victoria cantaba la misma Virgen cuando decia: *Fecit potentiam in brachio suo, Dispersit superbos, Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. Así es que la Virgen se nos aparece por todas partes en el Circo, donde no es posible dejarla de reconocer.

Teniendo este combate por gefe al Hijo de Dios, es evidente que El ha sido empeñado por el parto de la Virgen,

pues por este parto este Gefe divino ha bajado á la arena, ha tomado parte en el combate, se ha hecho Dios con nosotros, se ha revestido con la flaqueza y mortalidad de nuestra naturaleza, ha podido padecer y morir, y por este medio, como han hecho despues de El y por El los otros mártires, clavar al enemigo en el instrumento de su suplicio y destruir la muerte muriendo. Y en esta arena, abierta así á María y cuyo triunfo es la Cruz, el primero y el mayor mártir despues del Gefe, es esta misma Virgen, que lo ha introducido allí: pues ella lo ha introducido por una Maternidad, cuya incomparable ternura le ha hecho propios todos los dolores de su Hijo divino, con una plenitud que ha sido como el Océano de todos los martirios, y que nos la hace aparecer la mas próxima á la Cruz despues del gran Mártir que está clavado en ella: *Juxta Crucem*. Desde el pié de esta Cruz, donde ella nos ha dado á luz por su compasion, nueva madre de los Macabeos, sostenia los mártires, sus demás hijos; ella triunfaba del Dragon.

Es, pues, con justo título, como la Iglesia, triunfante despues de las persecuciones, saliendo de las Catacumbas, y tomando posesion de este *Panteon* donde el arrojado de sus Confesores habia desafiado todos los dioses y todos los crímenes, á quienes en el mismo ofrecia incienso la idolatría, consagró este templo de la mentira y de la violencia á todos los mártires, cuya venerable osamenta fué trasportada á él, y superiormente á ellos, á la *Madre de Dios, Reina de los mártires, SANTA MARÍA AD MARTIRES*.

Así es como se nos representan los tres primeros siglos de la Iglesia, con este respetable encadenamiento de testimonios que nos hacen ver en María el mayor instrumento de Jesucristo contra el enemigo, del que ha venido á librarnos, y al que sujeta bajo sus piés por medio de María.

CAPITULO V.

Desenvolvimiento del culto de María, despues de la sumision del mundo á Jesucristo.

Al advenimiento de Jesucristo al trono de los Césares, vencidos y vencedores por su Cruz, el culto de María entró, como todo el Cristianismo, en una nueva fase. Se pretende que este culto no haya tomado su desarrollo, ó si se quiere su nacimiento, sino á partir del siglo quinto ó del Concilio de Efeso. He ahí una equivocacion histórica. El Concilio de Efeso, sin duda, como veremos, proclamó mas solemnemente de lo que se habia hecho hasta entonces el título de *Madre de Dios* en María. ¿Mas por qué? Porque Nestorio habia emprendido negar este dogma como conteniendo el de la divinidad de Jesucristo. Esta negacion de Nestorio era con toda evidencia una *novedad*, á menos que no se pretenda que la creencia en la divinidad de Jesucristo no data tampoco sino del siglo quinto. La Iglesia protestó contra esa novedad. ¿Por qué medios? Por la *antigüedad* de la creencia que atacaba. El Concilio de Efeso es por lo tanto brillante testimonio de esta antigüedad del culto de María, lejos de serlo de su novedad. Además, allí están los hechos para el que los sabe; pero vamos á recordarlos para quien los ignore. Diremos únicamente desde ahora, que desempeñando la heregía en el Concilio de Efeso el papel á que Dios la habia condenado para siempre, de provocar el triunfo de la verdad, el culto de María, en el ataque de Nestorio ganó un nuevo desenvolvimiento, pero que era el término de un desenvolvimiento precedente, el cual databa del cuarto siglo, consecuencia él mismo de la doctrina